

EL ANILLO DE LOS LÖWENSKÖLD

Selma Lagerlöf

Libros de
seda

PREFACIO

El anillo de los Löwensköld: fantasmas, vicios humanos y el terror del patriarcado

La idea de un anillo capaz de despertar una obsesión fatal y acarrear desgracias no pertenece en exclusiva a la fantasía moderna. Mucho antes de Tolkien, las sagas nórdicas y la épica alemana medieval ya narraban historias de joyas malditas que condenaban a quienes las poseían. Selma Lagerlöf retomó ese motivo intemporal y lo convirtió en el núcleo de *El anillo de los Löwensköld* (1925). Lo hizo a su manera, sin dragones, magos ni criaturas fantásticas, pero con idéntica lucidez para mostrar cómo un objeto puede esclavizar a las personas y convertirlas en prisioneras de sus deseos.

La novela inaugura la *Trilogía del anillo*, serie que constituye la última gran obra de ficción de Lagerlöf y quizá la más rica en lecturas. Esta primera entrega —seguida de *Charlotte Löwensköld*, que apareció ese mismo año, y de *Anna Svärd*, tres años después— posee un carácter singular frente al resto de la trilogía, tanto por su brevedad como por su tono: un relato gótico de espectros y maldiciones. Sin embargo, bajo esa superficie que recrea con destreza los moldes del género —y demuestra, de paso, que la primera mujer en recibir un Premio Nobel de Literatura fue también una narradora de terror de primera fila— late un análisis profundamente humano de la mentira, el miedo y la violencia que se transmite de generación en generación.

Porque si *El anillo de los Löwensköld* inquieta, no es por sus apariciones espectrales. El verdadero escalofrío procede de la red de engaños y silencios que atrapa a los personajes, así como del peso del patriarcado que gobierna la familia y la sociedad: el retrato del general, símbolo de un poder tan temido como arbitrario, preside la mansión de los Löwensköld, y de él se subraya su

semejanza con Carlos XII de Suecia, el «rey guerrero», cuya ambición militar llevó al país a la ruina en los años en que transcurre la historia. La autora de *El proscrito* (publicada también por Libros de Seda) articula su denuncia como suele hacerlo, a la chita callando: en este caso disfraza de cuento de fantasmas una historia que, además de mostrar cómo el ansia de cosas materiales puede llevar a la perdición, acaba, sobre todo, siendo un alegato contra la violencia, la arbitrariedad y la injusticia, vicios fundamentalmente masculinos ligados al ejercicio del poder.

Frente al dominio de los hombres, serán las mujeres —el trío formado por Malvina, Marit y Märta— quienes actúen, tomen decisiones más allá del ámbito doméstico y devuelvan la paz. La novela sugiere así que ese orden patriarcal empieza a resquebrajarse y a dar paso a la iniciativa femenina y a la fuerza de la sororidad: un proceso que se intensificará en las siguientes entregas.

Con *El anillo de los Löwensköld*, Lagerlöf recuerda que lo siniestro no procede tanto del más allá como de vicios demasiado humanos: la avaricia y la sed de venganza. El joven barón Adrian

Löwensköld lo descubre en su encuentro con el fantasma, cuyo rostro no refleja la paz de la muerte, sino una codicia salvaje y una sonrisa atroz, triunfal, propia de quien se sabe vencedor. El mismo espanto que a él le produce «ver reflejados en un muerto los signos de pasiones terrenales» es el que nos invade a nosotros, lectores, ante la evidencia de cómo esos impulsos son capaces de destruir vidas propias y ajenas, potencial destructivo reforzado por un orden social injusto. Tal vez por eso este libro, un siglo después, sigue resultando tan fascinante como estremecedor.

Elda García-Posada, traductora

❧ CAPÍTULO 1 ❧

Soy bien consciente de que en tiempos pretéritos abundaban las gentes que desconocían por completo el significado del miedo. He escuchado relatos acerca de innumerables personas que gustaban de caminar sobre el hielo apenas formado la víspera, o que no concebían mayor deleite que conducir coches tirados por corceles desbocados. Sí, había incluso quienes no titubeaban en jugar partidas de naipes con el corneta Ahlegård, aun sabedores de las trampas que este hacía para asegurarse siempre la victoria. Conozco también almas intrépidas que no temían emprender un viaje en viernes ni sentarse a una mesa preparada para trece comensales. Mas me pregunto si alguno de esos temerarios individuos

habría osado colocarse en el dedo el terrible anillo que perteneció al viejo general Löwensköld, señor de Hedeby.

Hablamos del mismo anciano general que legó a los Löwensköld prestigio, hacienda y título nobiliario; aquel cuyo retrato, mientras en la finca quedó alguno de sus descendientes, presidió el gran salón de la planta superior de Hedeby. Se trataba de un cuadro enorme, que, colocado entre los ventanales, cubría la pared de suelo a techo, y que, a primera vista, podría creerse que representaba al mismísimo Carlos XII de Suecia, con su casaca azul, sus gruesos guantes de gamuza y sus botas de caña alta plantadas con firmeza sobre un suelo de baldosas blancas y negras, como si fuera un inmenso tablero de ajedrez. Al mirarlo con mayor detenimiento, sin embargo, se descubría que la recia figura del lienzo no guardaba semejanza alguna con el magno soberano.

El hombre del cuadro, con aquel tosco rostro de labriego que emergía por el cuello de la casaca, parecía haber nacido para arar la tierra sin descanso. No obstante, pese su rudeza, se adivinaba en su semblante inteligencia y sagacidad, una

honradez evidente y una nobleza de carácter digna de respeto. De haber venido al mundo en nuestros días, no cabe duda de que lo habrían elegido, como poco, para ser juez lego en los tribunales de justicia y presidente del concejo municipal; acaso con el tiempo, quién sabe, habría logrado un escaño en las Cortes del reino. Mas su destino fue otro, pues nació en la era del gran monarca guerrero, de manera que partió a la guerra siendo tan solo un soldado y regresó convertido en el renombrado general Löwensköld, a quien la Corona, en reconocimiento por sus servicios, otorgó el señorío de Hedeby, en la parroquia de Bro.

Ocurría, además, que cuanto más se contemplaba el retrato, más se reconciliaba uno con el modelo, al darse cuenta de qué pasta estaban hechos los soldados que siguieron al rey Carlos en su avance por Polonia y Rusia: no eran meros aventureros ni cortesanos, sino hombres sencillos y serios como el que el cuadro mostraba, que amaban al monarca hasta el punto de considerar que por él merecía la pena vivir y morir.

Cuando uno observaba la efigie del viejo general, los Löwensköld solían apresurarse a subrayar

que no suponía vanidad alguna el hecho de que el retratado se hubiera quitado el guante de la mano izquierda y hubiera dejado a la vista el gran sello que portaba en el dedo índice. Esa sortija, que su antepasado recibiera del Rey —pues para él solo hubo un monarca—, debía verse en el lienzo como testimonio de la inquebrantable lealtad de Bengt Löwensköld a su señor, a pesar de las amargas críticas que el pueblo había vertido contra él. Habían osado acusarlo de llevar al reino al borde de la ruina por necedad y exceso, si bien él permaneció inamovible en su fidelidad, pues el rey Carlos era un hombre sin igual en el mundo, y cualquiera que hubiera tenido la ocasión de conocerlo comprendía que existían ideales más altos y nobles por los que batallar que la gloria o el éxito terrenales.

Así como Bengt Löwensköld quiso inmortalizar el anillo regio en su retrato, fue también su deseo llevárselo a la tumba. Tampoco había pretensión de arrogancia en este hecho, no quería alardear ante el Altísimo y los arcángeles de la joya que lucía en la mano. Lo que esperaba era que de ese modo, al entrar en el cielo, allí donde estuviera

Carlos XII rodeado de sus «sables», el sello le sirviera para que el hombre a quien sirvió y veneró en vida lo reconociese y permitiera que permaneciese a su lado también tras la muerte.

Cuando el féretro del general descendió al sepulcro tabicado que él mismo había hecho construir en el cementerio de Bro, la sortija seguía ciñendo el dedo índice de su mano izquierda. Muchos presentes lamentaron que una reliquia de tanta fama y valía hubiera de acompañar al difunto en su descanso eterno. No en vano, el anillo de Bengt Löwensköld gozaba de una celebridad casi pareja a la de su dueño: se contaba que para forjarlo se había empleado una cantidad de oro tal que habría bastado para comprar una finca, y que la cornalina encarnada sobre la que se había grabado el monograma real tenía un valor no menos considerable. La opinión general celebró, no obstante, la nobleza de espíritu de los hijos, que no se opusieron al deseo del padre y permitieron que llevara consigo aquella prenda hasta la sepultura.

Lo cierto es que, si el anillo del general se correspondía en la realidad con lo que mostraba el

retrato, no pasaba de ser un pedrusco burdo y tosco, que pocos hoy en día querrían lucir, pero eso no quita para que hace dos siglos constituyera un bien de lo máspreciado. Ha de recordarse que, en aquellos tiempos, casi todas las joyas y objetos de metal noble, salvo excepciones, debían entregarse a la corona; que era preciso combatir la bancarrota estatal, causada por las continuas campañas militares, así como la debacle de la moneda tras la emisión de los infames táleros de papel, obra nefasta del barón Goertz; y que para muchos el oro era algo de lo que solo habían oído hablar, sin que hubieran visto pieza alguna de ese metal en toda su vida. Ese era el motivo por el que no lograban olvidar aquella que, bajo la tapa de un ataúd, no aprovecharía a nadie; casi les parecía injusto que yaciera allí, pues podría haberse vendido en tierras extranjeras por una gran suma y con ello se habría comprado pan para una multitud que no tenía nada que llevarse a la boca, salvo paja o cortezas de árbol.

No obstante, aunque muchos pudieran desear poseer tal riqueza, nadie llegó a concebir en serio la idea de apropiársela. El anillo reposaba dentro

de un féretro cerrado, en una cripta tapiada y sellada bajo pesadas losas, inaccesible incluso para el ladrón más audaz, y así debía permanecer hasta el fin de los tiempos.